

## RÍO BRAVO

**E**stoy sentada en la orilla del canal de riego, el agua hace remolinos y olas. No me dejan ni meter los pies al agua. Tanto calor que tengo, pero dice la abuela que la semana pasada se ahogó un niño, por eso no nos podemos bañar.

Siempre me gusta que me traigan a Río Bravo donde ella vive. Las casas están arriba de unos maderos altos, porque cuando llueve, llueve de a de veras, y todo queda en medio del agua. Pero a mí nunca me ha tocado ver inundado. Siempre que vengo, me meto abajo, por entre los palos y me gusta corretear a las gallinas. Ahí la tierra tiene unas costras, como si se hubiera quemado con el sol y se estuviera despellejando. Si agarras esas costras se desmoronan en un polvito bien finito. Cuando le echas agua, se hace un lodo suave. Me encanta embarrarme las manos y meter los pies también.

Nos acuestan bien temprano, porque como no hay luz, prenden una lamparita de petróleo que huele a quemado y no la dejan mucho tiempo, porque aquí se duermen así. En la mañana todo el mundo madruga. Apenas empieza a salir el sol y hay que levantarse. Tienen que ir a ordeñar las vacas, darles de comer a los marranos y a las gallinas. Los perros también reciben su comida junto con los otros animales.

Llegamos al rancho el jueves, nada más papá, mi hermana mayor y yo. El resto se quedó en ciudad Anáhuac, con mi mamá. Mi papá viene a ver a su mamá, porque a ella le gusta mucho que la visitemos.

Primero viajamos en camión; me dormí todo el camino. Yo creo que fue todo el día de viaje, porque salimos bien temprano de la casa y llegamos ya después de la hora de comida. Cuando llegamos a la oficina de camiones nos recogió un primo de papá y nos

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez\*

llevó al rancho en su camioneta. Todavía nos tardamos como cuatro horas más, o yo no sé muy bien cuántas horas fueron. Yo tengo hambre. Quiero tomarme una soda. Mi hermana Socorro me regañó y dijo que deje de fregar. Que al rato y que después. Quiero ir al baño. Ya me anda. Hasta que le digo a papá bien recio: quiero ir al baño, se detienen en la carretera y ya mi hermana me lleva atrás de la camioneta a orinar. Ya no aguantaba.

En el suelo se hace un caminito con la orina, como un río chiquitito. El polvo se va aplastando y se va formando un río de orines. Pero casi se seca luego luego, porque el solazo está bien fuerte.



Toros

\*Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como A Lápiz, Conciencia Libre, La Quincena, Nosotras y Trastienda.

Cuando llegamos, la abuela se levanta de su mecedora y deja a un lado el tejido. Casi brinca del gusto de vernos. También veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas. No entiendo. Si le da tanto gusto, por qué se pone a llorar. Tampoco entiendo cómo, si ella es tan viejita, se pone tan alborotada. Corre de aquí para allá. Su vestido de florecitas azules nomás ondea cuando ella se mueve por el cuarto. Papá le da muchos abrazos, y le empieza a contar que ya va a volver a sembrar frijol. Que ya estamos bien acomodados en Anáhuac y yo le cuento que la plaza es redonda. Papá me dice que me calle, que eso no es tan importante. La abuela nos ofrece de cenar unas latas, nos cuenta que se las trajeron del otro lado. Abren una de ejotes, una de elote amarillo y otra de frijoles rancheros. En un sartén calentaron los frijoles.

Después de cenar, nos dijeron a Socorro y a mí en cuál cama vamos a dormir. Si te sientas en la cama, puedes ver por la ventana a lo oscuro. La ventana es un agujero en la pared. Ni tiene vidrio ni tiene nada. No se ve nada, nomás se ve todo negro. A ratos pasan las luciérnagas. Se oyen las vacas y los caballos. Hacen ruidos. Los corrales están cerca. Las que están muy calladitas son las gallinas.

La noche se me hizo bien cortita. Me despierto porque oigo cantar un gallo muy fuerte, y tengo frío. La sábana que nos dieron para taparnos está chiquita y mi hermana tapada con la sábana para ella sola. Me asomo otra vez por la ventana y veo el sol anaranjado, apenas está saliendo. Huele a café. En la mesa hay una tina chiquita con leche acabada de ordeñar. Se le hace espuma arriba. Le soplo y miro cómo se mueve la espuma y deja ver la leche, hasta se hacen olitas, como si fuera el río. Quiero tomar de esa leche, pero me dicen que hasta que la hiervan. Yo no quiero leche caliente, no me entienden.

La abuela tiene estufa de gas. No tiene que andar prendiendo lumbre como en mi casa. Creo que ellos son ricos. También tiene un cuarto de baño con un tambo lleno de agua. Ahí hay una silla para que pongas tu ropa y no se te moje, y un vasito de plástico con el que te echas el agua. Los jabones son americanos también. El agua se sale por entre las tablas, no sé para donde escurre, pero no se junta.

En la tarde llegó otra vez el primo de la camioneta y nos llevó a su casa. Ahí me dejaron un rato para que jugara con unas niñas. Dijeron que son



Toros

mis primas, pero yo nunca las había visto. Las niñas ni caso me hacen, mejor me siento en la cocina, a mirar por la puerta de tela mosquitera a ver a qué horas regresa mi papá por mí. Ya me quiero poner a llorar porque no llega. Estoy sola en la cocina de esa casa que no conozco y no sé dónde quedaron las niñas.

De repente me acuerdo de mi mamá porque es muy achacosa. Siempre tiene algún dolor, y últimamente ha enflacado mucho. Mi papá reniega porque ella siempre quiere estar acostada. Dice que se siente mal, y mis hermanas mayores le ayudan a limpiar la casa y a hacer la comida. Pero papá dice que a él le gusta más que ella eche las tortillas a mano, no como las que mis hermanas van y compran.

Ay papá, puedo seguir viendo los remolinos en el agua toda la tarde, debajo de esta resolana que se cuelga por entre las ramas del árbol. Hago rayas y dibujos con una ramita en la tierra dura. Me paso a donde está húmeda. Dibujo un sol y una luna. Dibujo una casita y flores. Huele a río y como a pescados. Aquí me quiero quedar.